

CARLOS, TE

‘Más es más’. Es el lema del venezolano Carlos Mota, uno de los interioristas más cotizados internacionalmente. Íntimo de Gwyneth Paltrow, Diane von Fürstenberg, Valentino o Renee Rockefeller, sus hogares reflejan su personalidad: son excesivos, coloristas, irónicos y llenos de encanto. Por EMMA ROIG

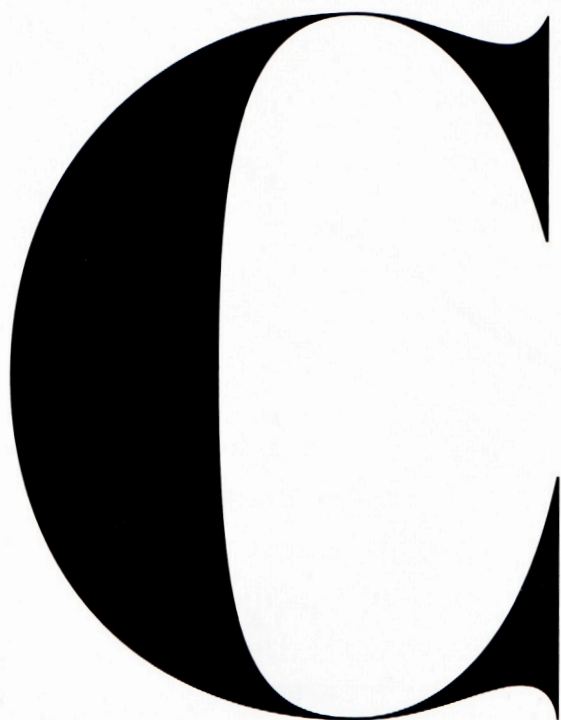


NECESITO



'CHEZ' VALLI

En la casa de París del diseñador Giambattista Valli destaca un gran jarrón de Positano con dalías.



Conoci a Carlos Mota (Venezuela, 1969) hace más de una década. Yo acababa de mudarme a Londres y vino a casa invitado por un amigo común. Me saludó con esa sonrisa en la que los ojos le brillan con tanta fuerza como los dientes. Segundos después, su

lo que hizo en mi casa. Cogió una humilde papelería naranja de papel maché, metió en ella una impresionante orquídea y le buscó ubicación en el salón como si fuera un jarrón de Limoges. En otra habitación creó una jungla de orquídeas. “Trabajar con flores es un asunto delicado. Ninguna en el suelo porque tu casa puede acabar pareciendo un hotel de Bali. Las flores blancas tampoco me gustan, a no ser que te vayas a casar. Y recuerda que *more is more* siempre”. Nos hicimos amigos ese mismo día.

Un mes más tarde, viajé a Estados Unidos. El quiosco del aeropuerto de Denver estaba empapelado con una revista de decoración ¡y mi casa en portada! ‘San Carlos Mota, el Rey del Color y el Emperador de los Almohadones’, como ya se le conoce en su sector, había obrado el milagro. No reconocía mi salón.

Mota llegó a Nueva York desde Venezuela a finales de los años 80 buscando un cambio de rumbo y Manhattan parecía el lugar adecuado. “Me entusiasman tantas cosas en la ciudad que me puse a decorar escaparates de tiendas en Madison Avenue, luego empecé a organizar la decoración de eventos, de *fashion shoots*, después las flores y ahora me enloquecen los jardines”, me cuenta con entusiasmo. Sin formación específica, sin más experiencia que haber trabajado de escenógrafo de teatro en su país natal, pero “con un gran apetito por los objetos bellos”, ha conseguido labrarse una trayectoria sólida que le convierte en el interiorista (y amigo) favorito de diseñadores, *celebrities* y aristócratas de la altura de Valentino, Renee Rockefeller, Elisabeth von Thurn und Taxis o Diane von Fürstenberg. Cuando

“LA VULGARIDAD ES COMO LA SAL Y LA PIMIENTA, EN LA JUSTA MEDIDA ES FANTÁSTICA”

expresión se transformó en la de un hombre de afilada inteligencia. “¿Te importa si tomo unas fotos de tu casa?”, me dijo recorriendo con su mirada cada centímetro de mi salón. Recuerdo cómo se me escapó una carcajada pensando en todas las cajas de mudanzas sin abrir que aún pedían urgente atención y en los pocos muebles que tenía. “La casa no está lista. Quizá en unos meses”, contesté. Me clavó una mirada intensa: “Ese es mi trabajo. Deja que yo lo haga. Si quieres volver a verme, di que sí”. Por algo Venezuela, su país natal, es la meca de las telenovelas. Y Carlos parece genéticamente preparado para sorprender con frases cargadas de un irresistible sentido del drama.

Una semana después estaba en mi casa tomando fotos. Llegó puntual, lleno de energía y vestido con una de sus imposibles mezclas de color (traje malva, su tono favorito, *sleepers* de leopardo y una *pashmina* multicolor) que tan bien funcionan en él y en su decoración, sin que se pueda explicar muy bien dónde radica el secreto. Cuando trabaja, Mota es una mezcla de Santa Teresa (entra en trance) y de Terminator (su concentración le hace analizar cada habitación con una precisión casi robótica). “Yo no leo. Yo veo. ¿Qué reacciona con mayor rapidez, el cerebro, el corazón o los ojos? —repite—. No sé si es una bendición o una maldición, pero inmediatamente percibo si los cuadros están colgados donde tienen que estar, si hace falta mover o añadir algún mueble o lámpara, si hay que cambiar el ángulo en el que están colocados los objetos, apilar los libros o añadir flores”. Y eso fue precisamente

hablamos acaba de pasar el fin de semana con Uma Thurman, Tory Burch y Gwyneth Paltrow. Y Vanessa Getty le está organizando una fiesta para el lanzamiento de su último libro, *A Touch of Style* (ed. Assouline).

Lo invitan a las bodas más exclusivas, como la de Fabiola Beracasa, en Croacia, o la de Andrea Casiraghi y Tatiana Santo Domingo, en Gstaad. La nueva generación de *it girls* (Bianca Brandolini, Sofía Sánchez de Betak o Lauren Santo Domingo) le reclama. Pero a pesar de su trepidante vida social, su conocimiento estético es todo menos superficial. Te sorprende con un análisis de su pasión por Rothko o las diferentes facetas de Magritte con la misma vehemencia con la que habla de nuestro ídolo común, Zurbarrán, o de Dustin Yellin, un nuevo artista del Redhook de Brooklyn; de las esculturas de Cy Twombly o de la obra de El Bosco.

Acostumbrado a crear refugios para los demás, él también ha sabido construir el suyo. Una casa en una playa remota de la República Dominicana donde tiene cincuenta gallinas, todas bautizadas con nombres de supermodelos: Naomi, Linda, Cindy, Kate... Allí se aísla, rodeado de sus perritas, llamadas como algunos de sus ídolos femeninos: María Félix, Mica (en honor a la legendaria decoradora rumana Mica Ertegun) o Sofía (por Sofía Vergara). ▷

ROMPER LA LÍNEA

Cocina de la casa de
Tommy Hilfiger en
Florida. Toques pop
y blanco y negro.



ESPACIO PARA
EL ARTE

En el salón del
coleccionista de arte
Adam Lindermann,
mesitas de Warhol
y gabinete de
Damien Hirst.



THOMAS LOOF

“NI FLORES
EN EL
SUELO, NI
FLORES
BLANCAS
A NO SER
QUE TE
CASES”





1



2

'HIGH AND LOW'

(1) Salón de su amigo, el diseñador y embajador de Valentino, Carlos Souza. "Añadí flores rojas baratas para acentuar el amarillo de las paredes". (2) Detalle del jarrón de cerámica tradicional italiana en casa de Giambattista Valli. (3) El decorador en un mercado de flores neoyorquino. Los adornos de frutas y flores son una de sus señas de identidad.



3

“QUE LA GENTE CON GUSTO SE LEVANTE CON
DINERO Y LA GENTE
CON DINERO SE LEVANTE CON GUSTO”, REZA

EL COLOR PÚRPURA

En la sala de estar de la diseñadora Nanette

Lepore, jarrones japoneses con ramas de azalea. “Las ramas altas siempre crean drama”, destaca Mota.



Confiesa que su oración favorita antes de acostarse es: “Que la gente con gusto se levante con dinero y la gente con dinero se levante con gusto”. Pero la frase que más le caracteriza es su legendario: “*Darling, high and low, always mix high and low*”. Eso, y su ya famoso *hashtag* de Instagram que reza: “El beige no es un color”. “No sé lo que es peor, si una casa decorada en beige o en blanco”, afirma.

Mota no entiende de términos medios. Lo más exquisito y lo más simple. No hay espacio para la mediocridad en su mundo. “No todo tiene por qué ser carísimo. Hay que mezclar un cuadro impresionante, por ejemplo, con cosas baratas como una silla de mimbre. Admiro a la gente que decora con un toque de sentido del humor y está tan segura de sí misma que no le da miedo arriesgar. En este sentido Marie Laure, vizcondesa de Noailles, es mi ídolo. Cuando en los años 20 todos sus amigos coleccionaban Renoir, ella invertía en nuevos artistas como Max Ernst, Juan Gris y Picasso. Colgaba un Dalí entre dos Goyas y cuando se llevaban las recargadas *boiseries* francesas, la vizcondesa contrató al entonces joven Jean-Michel Frank para que le forrara las paredes de cuero y eligiera muebles minimalistas. Era extremadamente interesante y su gusto influyó en generaciones posteriores. El bellísimo apartamento de Yves Saint Laurent en París fue un homenaje a ella”.

Los intereses de Carlos son muy dispares y todos quedan reflejados en sus activas redes sociales. En ellas encontramos desde un cuadro de Velázquez que ha visto en una exposición de París

también pueden ser toda una aventura para un observador de costumbres sociales. Recuerdan a las del personaje de Audrey Hepburn, Holly Golightly, en *Desayuno con diamantes*. En su pequeño apartamento (80 metros cuadrados) ha llegado a meter hasta 70 personas. “Si en tu mesa hay sitio para seis, entonces invita a cuarenta. Me gustan los ambientes desordenados, locos, inesperados. El mayor error es tener miedo a mezclar gente. Y sobre todo, es terrible quedarse sin bebidas. Y sin hielo. Nunca tienes suficiente hielo”, bromea.

En los sofás de su salón, jóvenes artistas como Aaron Young se codean con la aristocracia neoyorquina. Al lado de un amigo venezolano de infancia, se sienta el diseñador Roland Mouret o a las gemelas Olsen. En la cocina puedes encontrar una paella que le han traído del restaurante español del vecindario (“Me encantan la paella, la sangría y el flamenco”) y que sirve con una colección dispar de platos, *souvenir* de sus viajes por todo mundo, y servilletas de lino. La porcelana es otra de sus obsesiones. “No hay excusa para servir a tus invitados en platos de papel cuando ahora por veinte dólares hay diseños fantásticos y hasta puedes conseguir porcelana alemana de Meissen en Internet a muy buen precio. Prefiero una ensalada en un buen plato que caviar en uno de papel”, sentencia.

A diferencia de los eventos que organiza para Chanel,

“SI EN TU MESA HAY SITIO PARA SEIS, INVITA A CUARENTA. ME GUSTAN LOS AMBIENTES INESPERADOS”

a un disfraz de Hello Kitty. Una foto de una playa de Formentera seguida por otra de una antigüedad etrusca del Metropolitan o él mismo posando con el collar de esmeraldas de Elizabeth Taylor al cuello. Hay una instantánea de una gallina con un plumaje que podría entelar una habitación. También vemos imágenes arriesgadas, porque a Carlos le gusta de vez en cuando escandalizar. “La vulgaridad es como la sal y la pimienta, si las pones en su justa medida es fantástico, pero si te pasas es horrible”.

Para usted qué es el mal gusto?”, le pregunto. “Nada peor que llegar a una casa decorada con millones de dólares y que te pidan que te quites los zapatos para no dañar el suelo”, me dice entre carcajadas. Y concluimos que a los dos nos gusta vivir peligrosamente cuando se refiere a recibir en casa. Yo sirvo vino tinto a pesar de que mi alfombra es mi tesoro y de que estoy rodeada de gente que solo sirve blanco para no dañar las suyas. Las manchas rojizas que se han acumulado en la mía a través de los años son memorias de noches felices.

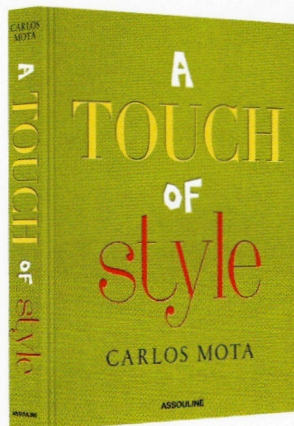
Las fiestas en casa de Carlos en Nueva York

Valentino y Missoni y que aparecen publicados en todas las revistas, Carlos nunca da acceso a fotógrafos en las reuniones de su casa: “Lo que pasa en casa de Mota se queda en casa de Mota, mis amigos tienen que estar a gusto. Los mejores anfitriones son los que disfrutan de sus fiestas y el mejor halago que puedo hacerles es quedarme con ellos hasta la madrugada”.

Si Diana Vreeland decía que el ojo tiene que viajar, el de Carlos suma más millas que un avión de DHL. Pero a pesar de tanto viaje, no le gustan los aeropuertos. “Antes, subirse a un avión era un acontecimiento, la gente se vestía apropiadamente aunque fuera en clase turista. Ahora vas en primera sentado al lado de un turista con bermudas y sandalias hawaianas”.

—¿Nunca se cansa de ir de evento a evento, de fiesta en fiesta, de Capri a Tànger, de Los Ángeles a la Patagonia o de los Hamptons a Palm Beach?

—Últimamente sí porque hay pocas fiestas como las de antes. La gente prefiere gastarse el dinero en un cuadro caro de un pintor mediocre que invertirlo en una noche especial, ofreciendo una fiesta llena de imaginación y originalidad para agasajar a sus invitados, y de la que se hablará durante años. □



'A Touch of Style', de Carlos Mota, editado por Assouline.

**MEZCLA
IMPREDECIBLE**

Salón de Emma
Roig decorado por
Mota. Obras de Louis
Bourgeois y Peter
Doig comparten
protagonismo con
los ceniceros de
color 'chartreuse'.

